

**Intervención del padre Michel Daubanes
con motivo de la XXXIV Jornada Mundial del Enfermo,
20 de enero de 2026, sala de prensa del Vaticano.**

Buenos días a todos y a todas:

Me siento profundamente agradecido y honrado por la invitación a intervenir en esta rueda de prensa. Para mí es un verdadero privilegio poder compartir el valioso mensaje de la 34.^a Jornada Mundial del Enfermo, inspirado en la experiencia que hoy se vive en el Santuario de Nuestra Señora de Lourdes.

Ante todo, quisiera expresar que siempre es una gran bendición poder vivir la Jornada Mundial del Enfermo en Lourdes, que se celebra el 11 de febrero, día en el que se conmemora la festividad de Nuestra Señora de Lourdes y el aniversario de la primera aparición de la Virgen María, la Inmaculada Concepción, a santa Bernardita Soubirous, ocurrida el 11 de febrero de 1858.

El mensaje del santo padre, que reflexiona sobre la compasión del buen samaritano, me commueve profundamente. Sin duda, será una fuente de alegría para los capellanes y toda la comunidad de acogida de nuestro Santuario, pues conecta de manera muy especial con nuestra propia experiencia al recibir a los peregrinos.

Cada día llegan a Lourdes personas enfermas, en situación de discapacidad y con múltiples heridas producidas en el camino de la vida. Lejos de evitar a estas personas, nos acercamos a ellas, las acogemos y, cuando su número disminuye por motivos económicos u otros, salimos a su encuentro. No las elegimos, pues son ellas quienes vienen a nosotros. Para nosotros es una alegría recibirlas, así como para ellas es un gozo llegar a los pies de la Virgen, hasta la roca de la Gruta de Massabielle. En cada ocasión, junto con los capellanes y responsables laicos, procuro que sean una prioridad, que ocupen las primeras filas durante la misa y que encabecen las procesiones.

En Lourdes, observamos numerosas heridas. No se intenta ocultarlas, porque sería inútil, y quienes las llevan no sienten vergüenza. Son heridas auténticas, físicas, morales y espirituales, que a menudo duran toda la vida y rara vez son temporales. Por otra parte, existe una gran herida común a todos nosotros: la herida del pecado. El bálsamo de la misericordia se ofrece abundantemente a quienes la reconocen, manifestándose en la capilla de las confesiones, en respuesta a la invitación que la Virgen María dirigió a Bernardita el 24 de febrero de 1858, durante la octava aparición: «Rece a Dios por la conversión de los pecadores». En efecto, los peregrinos de Lourdes, enfermos o sanos, nos descubrimos todos heridos y, al mismo tiempo, sanados por Cristo, el divino Samaritano.

A su vez, en Lourdes se teje una vasta red de relaciones, un entramado ancestral que nunca deja de expandirse y renovarse. Aquí, jóvenes y mayores se entregan al servicio, ya sea en el seno de la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes o en las diversas hospitalidades diocesanas. Por su parte, los locales de la Oficina Cristiana de las Personas con Discapacidad también constituyen espacios donde, cada día, se vive el milagro de la acogida, la escucha y la auténtica fraternidad. En

Lourdes, nos convertimos en samaritanos, pues incluso en las necesidades más básicas, como ir al baño, aprendemos a acompañar. Cuando nos sentimos impotentes ante el sufrimiento o la discapacidad, aprendemos a ser samaritanos con la ayuda de un hermano o hermana mayor. Son numerosos los jóvenes que han aprendido y llegado a amar el servicio a las personas enfermas en Lourdes, transformando el Santuario en una verdadera escuela de humanidad y cristianismo, un espacio donde descubrimos que todos podemos ser samaritanos: samaritanos alegres y contagiosos, cuyos corazones nunca dejan de abrirse, cada vez más.

En Lourdes, la experiencia adquiere una profunda dimensión social, eclesial y universal, donde la naturaleza de la enfermedad tiene poca importancia, rara vez se pregunta por la nacionalidad y la barrera del idioma resulta frágil, pues prevalece el lenguaje de la caridad. En lo que respecta a los cuidados, la ternura y el acompañamiento, el modelo económico se sustenta en la generosidad, el voluntariado y el servicio desinteresado.

Al inicio de esta temporada de peregrinaciones, mi esperanza se centra en que los peregrinos que lleguen a Lourdes en 2026 sean tocados por la gracia concedida por la Virgen María, de modo que puedan servir a sus hermanos y hermanas enfermos y realizar gestos de verdadera compasión. Así, junto a ellos, nos convertiremos en samaritanos de nuestro tiempo, tan necesarios en un mundo que los reclama con urgencia.

P. Michel Daubanes

Rector del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes